

INDAGACION DE WALDO FRANK

¿Me perdonó Waldo Frank que, rompiendo la camaradería forjada durante su breve permanencia en Lima, le hablara como profesor de la Facultad de Letras, el día de su recepción en ésta? No lo sé. Pero, sí, estoy seguro de que comprendió profundamente el valor de la ceremonia y apreció el gesto con que la Facultad le invitó a su tribuna y le ofreció el doctorado **honoris causa**. Y sé además que supo aquilatar la manera cómo se juntaron aquella mañana, la tradición severa y centenaria de la Universidad, y la esperanza—milenaria, porque arranca de los profetas—palpitante y juvenil de Waldo Frank.

Ensayo ahora una indagación, apartada de los textos, a través de su personalidad y el **sentido**, o sea el **ritmo** de su obra entera.

1.—MENSAJE.

Es en los Profetas del Antiguo Testamento, es decir en los primeros mensajistas—muy diferente a mensajero—, en quienes hay que buscar el acento patético con que, en medio de su elegancia, habla del universo Waldo Frank.

Del Universo, y por gradación inversa, de América, de su país, de su generación, de su yo. El mensaje que trae es su propia experiencia. Pero, esta experiencia se dilata como una vasta esperanza cósmica, de modo que el yo se funde con el **todo**, y América no es sino la palpitación íntima de cada hombre que se conoce y que siente plenamente su deber y su misión. De ahí que en su primera conferencia—“**Mi mensaje al Perú**”—Frank dijera, sencillamente, que en el título de la conferencia había un truco yanqui, puesto que su mensaje era él mismo, su persona, su experiencia.

La razón del truco nos lleva a considerar el **mensajismo** americano. Hemos padecido, sin duda, la enfermedad del mensaje. Todo aquel que se sintió llamado—autollamado muchas veces,—a opinar sobre asuntos generales de América, apeló en los últimos tiempos al mensaje. Mensaje que resulta, casi siempre, pastoral eclesiástica o proclama militar, aunque las pronuncien o redacten laicos y civiles. El mensaje es un reflejo del **affiche** comercial sobre las ideas. Trasunta la influencia de la publicidad yanqui en la mentalidad latina. Es la prueba más palmaria de la influencia norteamericana, capitalista y arrolladora, palpable, además, en el modo de vestir, de considerar la vida, de comportarse en los negocios, de enamorar cinematográficamente, de dar la mano, y hasta de mascar **chewing gum**. El mensaje parece una audición de Mr. Ford o Mr. Edison. Y de ahí que haya sido ineficaz totalmente el mensajismo de Ugarte, de Palacios, del propio Vasconcelos, y me temo mucho que esté en camino de ocurrirles lo mismo a otros. Porque el mensaje, entendido como sermón, lejos de confortar, desorienta; y, además, echa a perder una dosis de energía considerable, que en vez de aplicarse a la discriminación serena de los problemas, o a la preparación metódica de la acción, se dilapida en palabras, y en palabras sonoras que son las más peligrosas y debilitantes.

Waldo Frank reacciona contra ese género de mensajes. El no tiene la culpa de que su genio crítico, esencialmente crítico, sufra la presión inevitable de su raza, cuyo arranque se vislumbra en Isaías. Por eso su criticismo asume la nota patética, de que he hablado. Este criticismo, humano y patético, es su mensaje. Un mensaje que constata bastante, exhorta poco, integra mucho y erige la crítica en sistema de construcción y armonía, en vez de método de disociación y pendencia. Cuando el mensaje es la propia vida, la propia experiencia, sintetizadora armoniosa, profundamente esclarecida por el propio análisis, entonces el consejo y el ejemplo que de ello surjan, tendrán que ser armoniosos, hondos, sintetizadores. Y toda síntesis supone la indagación y el hallazgo de un ritmo. El ritmo constituye pues otra de las notas características de Waldo Frank. Y su mensaje se resume en el hallazgo de sí mismo, tal como él, un día, en Europa, lejos de su patria, vió con más lucidez que nunca la realidad americana.

2.—PATETISMO.

Waldo Frank es más conocido por sus obras de interpretación que por sus novelas. Entre aquellas se ignora generalmente, "**Salvos**", reunión de admirables ensayos estéticos. Entre éstas, las más conocidas son "**Rahab**" y "**Holiday**",. El público—también el autor—se

olvida de **"The unwelcome man"** (1917). Pero considera los relatos novelescos de **"City-Block"**.

Frank sigue en sus novelas la norma puritana que encontramos en tantos autores yanquis. Desde el relato apasionado de **"The scarlet letter"**, de Hawthorne—que ya fué cinematografiada—hasta el acento ronco, ronco de tanto jadear y proferir imprecaciones, de Walt Whitman. Como compensación a la locura capitalista e industrial de aquel país, sus gentes pensantes—"videntes, vivientes y oyentes" dijo Waldo Frank, de la minoría de público que le iba a escuchar en sus conferencias limeñas,—tienen la obsesión de lo trascendente, quizás como previniendo un posible castigo contra el Mammonismo del país. Longfellow no olvidó aconsejar sobre la vida; en Thoreau florece un género de literatura honda y casi mística, y en Emerson, tan dispar de Whitmann— aunque íntimamente poseído de semejante palpitación—y en Poe, como en Wilson y hasta en Ford, brota la tendencia a generalizar, que es, cuando se queda en la superficie, el disfraz del que no puede calar hondo; y, cuando llega a la esencia, un medio de filosofar y de trascender.

Las novelas de Waldo Frank—lo que más ama él en su obra—revelan un sentimiento patético, místico y trascendente de la vida y la literatura. En **"Rahab"** aparece, desde el título hebraico, la pecadora tan distinta a las pecadoras de la literatura francesa, con algo de **pathos** y de **fatum** sobrenatural, un dejo de Ashaverus a través del relato apasionado. En **"Holiday"**, tal vez una de las páginas más hermosas es la de la descripción del misticismo negro, cuando en la Iglesia todos oran, todos claman su infinita angustia; o cuando los linchadores emprenden la persecución del pobre negro, a quien se acusa y en quien hay que ejercer, no ya sanción, sino venganza y odio.

Son novelas en que la frivolidad no surge nunca. En que el amor de mujer asume una categoría de trascendentalismo, de sobrenaturalidad. En que el dolor del negro pasa de lo pintoresco a lo semidivino, a fuerza de ser profundamente humano. Tal como en los relatos de **"City Block"** se advierte la presión de la vida, algo como—pese a las diferencias técnicas—en el **"Manhattan Transfer"** de John dos Passos—cuya ascendencia es judía como la de Frank.

El problema de la literatura existe para Waldo Frank como una manifestación de la vida. Nada más lejos de él que el deportismo literario. De ahí su discrepancia con Ortega y Gasset por la desacreditada **"deshumanización"**; y su acuerdo con Unamuno, quien dice: "Nada hace más estragos en la verdadera y honda espiritualidad, en la religiosidad, que la consideración predominantemente estética. El esteticismo ha corrompido la fuente religiosa en los países que se llaman latinos".

La literatura readquiere así su categoría humana, no obstante el es-

tilo netamente artístico, ritmo puro, de Waldo Frank. Pero, es que para él, quien puede aprehender la verdad en su pureza es solo el artista; y el **ritmo** no es fruto de la habilidad profesional de un literato, sino producto de la organización rítmica del pensamiento y del sentimiento, antes de su expresión.

3.—INTERPRETE.

La cuestión del **ritmo—integración y armonía—**y de la trascendencia que se plasma a menudo en **símbolos**, da un acento especial a la interpretación frankiana. Los libros de interpretación son cuatro, pero de ellos solo tres están traducidos al castellano: **“Our America”** (1919), **“Virgin Spain”** (1926) y **“The Rediscovery of America”** (1929) Este último apareció en francés, incompleto, en la revista **“Europe”**.

Estos tres libros encierran una proeza rítmica. Waldo Frank tiene el sentido desconcertante del viajero experto. Del que no necesita cicerone. Eso que él realiza en la vida,—lanzarse sólo a las calles de la ciudad a que acaba de arribar, internarse por sus callejuelas menos conocidas, orientarse por sí mismo, otear e indagar todo, en silencio y en compañía sólo de sí mismo,—se advierte en sus libros. En **“Our América”** utiliza los más variados elementos para llegar a su síntesis. Los políticos, los danzarines, los hombres de negocios, los escritores, los **pioneers**, los **Cow-boys**, los artistas, los templos, las plazas, el cinematógrafo, los deportes, los diarios, todo le sirve para forjar su sinfonía. Este vocablo complace especialmente a Frank. El mismo lo da a **“Virgin Spain”**. Violoncellista en su adolescencia, con un profundo sentido musical toda su vida, sabe captar el ritmo de sus sinfonías. Un hombre musical es capaz de extraer de tan disímiles elementos, una totalidad.

Su interpretación está sustentada, toda ella, en la necesidad de integrar, de totalizar, de percibir el ritmo. He aquí una cuestión que tiene, indudablemente, un sentido metafísico, místico, un sentido netamente judío.

4.—INTEGRACION

De la danza española y de unos cuantos datos, aparentemente inconexos, la intuición de Waldo Frank extrae un sistema, una síntesis. De la vida norteamericana, una visión panorámica. Coloca en fila elementos diversos y hasta contradictorios. Un político del tipo Bryan, en quien se manifiesta ya el descontento; uno del tipo de Wilson; un hombre como Debs, el artista Stieglitz, la danzarina Duncan, el escritor Mencken, el astro Chaplin, el dramaturgo O'Neill, el poeta Mosses la **flapper**, el **jazz**, la vida de Hollywood, el trafago de Chicago, la vida

absorbente de New York, la figura de Dreiser, el contrabandista Al Capone, el presidente Hoover; y de todo ésto, como quien crea un mundo, exprime su idea central, la síntesis, la totalización, porque ha sabido hallar el ritmo único que rige tales fenómenos y personajes en apariencia —solo en apariencia— discordantes.

En España realiza una acción semejante. Observa a las danzarinas del norte africano; a la mujer andaluza, —tan admirable como su pintura de la **flapper** neoyorquina—, a un polemista como Unamuno, al Cid, a un poeta a lo Valle Inclán, a Belmonte, a Juan Ramón Jiménez, al Quijote, al castellano, al baturro, la llanura misma de Castilla, el tipo de Isabel la Católica, la añoranza de Colón, y de tan abigarrado conjunto surge la magnífica sinfonía de “España Virgen”, en la que se puede seguir, sin dificultad, el ritmo central, la idea guiadora, la armonía del pensamiento totalizador.

De Sudamérica, —confiesa Waldo Frank— tratará de hacer una *síntesis*, porque cree percibir remotamente el ritmo de toda esta vida nuestra. Pero, no se atreve ni siquiera a bosquejar un capítulo, porque todavía le falta la idea base, la armonía, el panorama, el ritmo, en suma. Y mientras no existe ese ritmo, nada tan difícil como bosquejar una obra, dislocada, inconexa, o con una conexión meramente intelectual.

Waldo Frank necesita el ritmo, pero no el ritmo imaginado o pensado, sino el **ritmo sentido**. Tiene que *sentir* su obra, antes de planearla; percibir la armonía íntima del conjunto, llegar por un esfuerzo de intuición a la esencia misma de sus libros. Y entonces, solo entonces, interviene la inteligencia, para disciplinar y ordenar el motivo central de la sinfonía.

Nada más admirable que su interpretación, a través del **jazz**, de la vida norteamericana. El jazz como expresión de rebeldía y de protesta —saxofón y **banjo**,— expresa claramente el sentimiento de las minorías de Norteamérica, y la oscura ansiedad de las mayorías maquinizadas, cuya subconsciencia experimenta el trágico anhelo de emanciparse contra la industrialización y el imperialismo injustos, absorbentes, peligrosos y antihumanos.

El judío habla en él con fuerza incontrastable. Busca al mundo en el hombre. Su Nuevo Mundo, el que él anuncia, no es sino el esclarecimiento, el autoconocimiento del hombre mismo. Su judío no es el que reza en la sinagoga, ni el que tiene determinados rasgos fisonómicos, y abuelos sefaradies; ni el que desea ir, en peregrinación angustiada, ante el muro de las Lamentaciones a derramar, si es necesario, su sangre, para abonar la renovación del ideal hebráico. El judío de Frank es el de **ideas judías**. La idea es lo que centraliza, porque la idea es una forma del espíritu. La raza es una mentira, si no existe la **raza de las ideas**. En el judío se sigue la huella de toda minoría. Todo hombre minori-

tario, todo insatisfecho, tiene un parentesco con el judío. Aquella vieja estirpe de Israel resucita tan solamente en el que se identifica con la idea judía, es decir con la actitud judía. Para Frank, no existe, en pureza de verdades, una obra judía, sino una obra de judíos, porque así actúan las individualidades, sintiéndose a sí mismas, y de ellas hay que esperar la realización del viejo ideal de su raza.

En una de sus conferencias —la tercera— dijo algunas bellísimas palabras de agradecimiento a su público. Y una vez más surgió en ese minuto fugaz, el afán de síntesis. Los que están acá —dijo poco más o menos— son una minoría, pero este teatro medio desierto es un símbolo de la humanidad, en la que solo hay una escasa minoría de “videntes oyentes y vivientes”.

En la trayectoria hacia estas síntesis, la intuición desempeña su misión incomparable. De ahí el rápido dominio de los caracteres que tiene Waldo Frank, y la manera veloz y certera con que llega al fondo de los hombres.

5.—EL PROBLEMA

Frank sostiene —¿y cómo no lo va a sostener, si ello está bullendo?— que existe en Norte y Sudamérica, un problema palpitante. Problema que exige una solución urgente. Solución en que se hallan empuñadas las últimas generaciones del Continente, desde hace algunos lustros. Generaciones que comprenden la dura obligación de vivir, y vivir actuando.

Pero, para resolver este problema de América existe una primera etapa: conocerlo. Conocer el problema, implica un análisis profundo. Más, el análisis no se lleva a cabo con solo querer, sino que se requiere capacidad para hacerlo. No todos pueden analizar. El análisis imperativamente pide **objetividad** en el que trata de llevarlo a cabo. Y la objetividad entraña una función **crítica** de primer orden.

Sin embargo, Waldo Frank llega a sus síntesis, por la intuición, y otorga al artista el primer rango entre todos los que se afanan en la indagación de la verdad. Solo el artista es capaz de aprehenderla, nadie más que él. Arte y verdad se juntan en la intuición, y ésta se resuelve en pura **subjetividad**. Este es precisamente el punto en que Waldo Frank difiere de nuestros pensadores americanos, tan dados a la polémica y tan convencidos de que la seriedad y la sequía son los ingredientes primarios de un apostolado. Olvidan que todo apóstol y todo profeta encierran un alma profundamente artística, y que en la fundación de todo orden, la humanidad exige un sentido de belleza, un ritmo sutil, sobre el que se erigen todos los credos.

Por ese camino de la intuición, de la subjetividad y el arte, por un lado; del análisis, de la crítica y la objetividad, por el otro lado,

Frank llega a esbozar su pensamiento. Cuando algunos han creído ver en él y su obra, el deseo de unificar las dos Américas, él siempre ha respondido: "No; pido armonía, integración, cooperación entre las dos Américas, pero una identificación sería suicida. Es preciso que cada América conserve sus rasgos característicos". No hay que olvidar que, en una página de "Virgin Spain", escribe textualmente: "El internacionalismo judaico fué un sutil veneno". Nada hay más unitario que la individualidad humana; y sólo por el camino de ésta se llega a la unidad del Mundo.

6.—ROMANTICISMO Y DISCIPLINA

Busca Waldo Frank, en medio de la fatiga de un ambiente industrial y materialista, fuentes vivas, renuevos para su anhelo totalista y humano. De ahí que escriba sobre California, que se deleite con el aspecto originariamente campestre de la personalidad de Bryan y que viaje por países aún primitivos y puros, como España, como América del Sur, como Africa. Mas, de ahí no se debe deducir que se trata de un roussoniano perfecto. De Rousseau solo admira el impulso para devolver su personalidad libre y pura al hombre. Con él coincide, solo en lo que al "Emilio" se refiere, pero, aun en ello, tiene distinciones fundamentales; el niño —lo primitivo— no es para Frank la felicidad absoluta a la que se superpuso, malográndola, la civilización. El niño —ha dicho— es lujurioso, salvaje, cruel, egoísta, y en realidad está muy lejos del ángel con el que se le compara. Acaso se acerca más al demonio. Desde luego, la cultura, el roce con los demás hombres, y sobre todo el propio conocimiento, es lo que eleva al niño hasta la categoría de humano, es decir, de divino. Y en este punto se distancia, decididamente, de Rousseau.

Pero, hay algo más. Frank viene a predicar disciplina, método. Toda la ansiedad que él ha constatado en su país, es la búsqueda del método. El jazz se queja y se rebela, porque no existe aún disciplina para la obra renovadora. Sufre y tropieza Chaplin, como una personificación de la marcha en procura del método. En los escépticos como Mencken, y en los "críticos románticos" como el formidable cuentista Sherwood Anderson, se encuentran los mismas síntomas: insatisfacción, pero, también desamparo, porque les falta disciplina. Toda la labor crítica del último decenio, no significa sino la ansiosa marcha en busca del método. El método —objetividad, organización, totalización de energías, integración de elementos dispares— constituye el gran problema previo. En América se constata la rebeldía, la protesta, la insatisfacción, el enorme anhelo de reforma; pero faltan en Norte y Sur, la disciplina, el método. De ahí que Waldo Frank, al definir su mensaje diga que lo trae en si mismo, es decir en su experiencia europea, porque

Europa le enseñó la dolorosa lección del método, y también la de su exhaustez. “Europa, dirá en algún párrafo de **“El Redescubrimiento”**, es un cadáver”. Solo que cadáver, como observa Frank, no siempre es cuerpo muerto, puesto que contiene multitud de seres en embrión. A tales seres los ata ese cuerpo inerte ya, y en apariencia sin vida, así como la disciplina y el método unifican las voluntades más antagónicas. . . No se encuentra en el desorbitado Rousseau, lección semejante, ni consejo tan persistente en defensa del **método**.

7.—UBICACION

Se puede, ahora, ensayar la ubicación de Waldo Frank. Artista y crítico; creador y disciplinador; del artista tiene la preciosa necesidad de hallar la verdad; del crítico, la facilidad para exponerla. Su raza y su educación nos lo definen con bastante claridad. Tiene del judío la gran esperanza mesiánica, y el sentimiento místico, cósmico, fácil de sentirse uno con el universo y de individualizar el mundo; o, mejor de universalizar el yo. Su educación le dió la claridad, el ritmo latino para expresarse y pensar. Y del norteamericano puritano conserva —y en dosis crecida— dos características acentuadas: la honestidad espiritual y la tenacidad del **pioneer** y del luchador. Luchador que, en ningún caso, significa un **struggler for life**. Todo hombre de esta especie, piensa Frank, amputó su personalidad y oculta un egoísmo espantoso.

En las literaturas americanas, especialmente las del sur, no se le encuentra paralelo a Waldo Frank. Hay pensadores quizás más grandes, apóstoles más decididos, pero no mantenedores de sistemas. Nuestros apóstoles personalizaron siempre. Su inquietud tendió a la cosa pública, pero siempre a través de la alusión personal o de grupo. Sarmiento, a través de Rosas; Montalvo, a través de García Moreno; Martí, a través de España; Prada a través del clero. Fueron grandes odiadores. Actuaron en virtud de reactivos poderosos e infalibles. En Rodó empezamos a encontrar el pensador de tipo desinteresados y abstracto. También al artista, como se ve en Prada y Montalvo; no en Sarmiento. Pero, Rodó era un profesor, le faltaban andarínaje, y andarínaje significa vida. Hablaba para una Academia; sus ejemplos surgían de libros filosóficos; su guía fué un profesor de escepticismo, Renán, y otro de paradójico fervor por la Vida, Guyau. En Waldo Frank existe el contacto inmediato y directo con la existencia. La fe que lucha. El método erigido en ideal, porque de nada valdrán impulsos poderosos, si no se tiene disciplina, si no se encuentra, al cabo, el método.

Hay una frase amarga y terrible en **“Nuestra América”**: “Durante los cien años de su existencia material —escribe Frank—, América ha obtenido éxito. Ese éxito implicaba la represión de la vida, ya he-

mos visto hasta qué punto. El hombre que soñaba, amaba o creaba, en vez de enriquecerse—era un paria y una hazmerreír. La vida se refugió —con su misterio y su pasión infinita— en los dominos del Fracaso. La vida sobrevivió en el Fracaso. En el Fracaso la encontraron los nuevos profetas. Los artistas más eminentes de ahora —prosistas, poetas o pintores— exaltan la santidad del Fracaso”.

Pero, el Fracaso —que ha sido el llamado **éxito de Norteamérica**— se impone. Debe tener presente el hombre nuevo que “en un mundo agonizante, **creación quiere decir revolución**”. Y que el artista no debe concretarse a reflejar y expresar, sino que debe “**transformar**”. Todo creador debe ser un transformador, es decir un revolucionario. Porque el Fracaso erigido en norma, conduce indefectiblemente a ese camino, al contrario del éxito, que significa entronizamiento del egoísmo. Waldo Frank, campeón del Fracaso, contra el Exito de su país, revoluciona al crear, y realiza su función de artista, esforzándose por **transformar**. No es raro que, en su país, sea minoría la gente que se agrupa en torno de él. Ni que le plazca tanto, cuando llega a una nueva ciudad, andar, libre y solo, sobretodo solo, por las calles, procurando captar el ritmo esquivo.

Así aparece Frank, entre la inmensa masa de los Estados Unidos, en la misma actitud con que llega a las ciudades desconocidas: **libre y solo**. El nos habla de una Norteamérica libre y sola, es decir, minoritaria. Los hombres representativos no le sirven sino para constatar el estado de insatisfacción, protesta y rebeldía. Hay un dato singular: a Waldo Frank no van a escucharle, en sus conferencias, sus compatriotas de nación. No se ven rostros yanquis en la sala, aquí ni en otros países. Van sus compatriotas de ideas, en esa gran vastedad, que él propugna, de la raza de las ideas. Hasta en el Islam ha visto ya el espectáculo de una gran idea en marcha. Una idea que requiere cohesión. Otra vez surge la obsesión de integrar, y totalizar, que ya en “**Salvos**” (1924), le arranca esta frase: “**The chief business of the American literary artist and critic of those days was therefore the launching of a call of rally**” Y estas otras que explican su concepto trascendente del arte y la crítica, elevadas a categoría mucho más alta y humana: “**We know that even as art is far more than expression, criticism is more than smiles and grimace and frowns**”.

En Estados Unidos, como en el resto del mundo americano, un pensamiento de semejante calidad, es un pensamiento rebelde, minoritario y libre. Más allá de la máquina, del “caos”, que es la civilización, Frank busca siempre la actitud y el sentido humanos. Siempre que le preguntan su profesión, contesta: hombre. El enseña su tarjeta de afiliado a la organización de “**Workers**” de su país. Por haberlo entendido así, lejos de los aspectos oficiales y materialistas de su patria, las juventudes hispanoamericanas le han acogido con alborozo, y en España

se le admira tanto como en Francia, y mucho más aún. Nada hiere más a Waldo Frank que el hecho de que se le suponga propagandista de los Estados Unidos: puesto que él, en realidad, propugna otros Estados Unidos, los que ahora están en embrión, los que desaparecen para los ojos del mundo, bajo el cemento, las ferrovías, el petróleo, el carbón, los dólares y los buques de los Estados Unidos oficiales.

8.—COMUNION

Nos deja Waldo Frank, en sus libros y sus conferencias, una huella más honda que la aparente. Este "artista",—como le han calificado, insistentemente, algunos que tienen del "artista" el concepto de un esteta puro,— posee derrotero y meta. No debe olvidarse que el "artista" tiene por misión "transformar", no reflejar ni expresar; que lo creación es una "revolución"; que el arte, por consiguiente, va mucho más allá que un juego estético; y en fin que, como dice Unamuno, si el puro esteticismo es lo más antagonico de la religiosidad, en Frank, cuyo tono profundamente religioso no puede negar nadie que le haya leído y escuchado, sería absurdo pretender encontrar ese "arte" puro, en el sentido de belleza pura que acostumbran algunos atribuirle.

En Waldo Frank surge una obra de creación, es decir de revolución. Su revolución es más ambiciosa que todas las otras, porque aspira a insurreccionar los espíritus. Todas las formas de rebeldía conocidas, le parecen tramos de la que él sueña y anhela. Su Nuevo Mundo, no es el Continente que descubrió Colón, sino el Nuevo Hombre cuya aparición propugna y del que son heraldos las minorías insatisfechas e idealistas del mundo entero. Minorías de Hispanoamérica, de España, de Estados Unidos, de los judíos, del teatro semidesierto en que decía su última conferencia: minorías, expresión de gente inconforme y en aptitud de rebeldía, porque aspiran a crear. En Waldo Frank esta obra común, que es de todos, encuentra su expresión más clara. El deja su ejemplo, su consejo, su observación tan aguda que ya no se puede contemplar las realidades por él descritas, sin recordar su punto de vista. Y es por eso, que el Nuevo Hombre, es decir el Nuevo Mundo americano, crece, tendiendo a integrarse los del Sur, minoritarios, con los del Norte minoritarios, insatisfechos, y ya empezamos a extender cartas de ciudadanía fraterna a Sherwood Anderson, a Eugene O'Neill, a Waldo Frank y a Charlie Chaplin.

También nos deja otra enseñanza: que el pensamiento hondo, la meditación ahincada sobre la vida, no requiere los velos de un lenguaje esotérico mal llamado filosófico; y que la filosofía —de la cual se siente tan lejos— no es la técnica de un lenguaje, sino la preocupación profunda por toda la vida humana. Aprópósito, bueno es recordar có-

mo en la **Sociología** de Simmel tiéndese, también, a integrar aspectos aparentemente fútiles con sucesos y corrientes graves.

En su afán de síntesis, después de su lúcido esclarecimiento crítico, Frank realiza una labor enorme. Con su alto ejemplo de desdén a los halagos vanidosos, se diferencia de todos los conferencistas q' han venido para dar conferencias, y no con sus conferencias, como Waldo Frank. Y por su insistente evasión del medio "caótico" de su patria—Chaplin da la idea, en un Hollywood de petróleo y carbón—le reconocemos nuestro, de nuestra raza, de esta raza que él mismo definió tan bien, la raza de las ideas, la raza del descontento, de la inconformidad, de la insatisfacción, pero, también, de la esperanza.

Luis ALBERTO SANCHEZ.



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»